

En *Los Caballeros*, por ejemplo, Aristóphanes se propuso insultar y poner en ridículo á Cleon, á Cleon el jefe del Estado y el omnipotente de Atenas. No hubo un artista que se atreviera á hacer la careta, ni un cómico que se resolviera á desempeñar el papel; y sin embargo, se representó la comedia porque Aristóphanes mismo con la cara embadurnada, representó al tirano; y tan clara era la alusion, que el poeta hace decir á Demóstenes, uno de los personajes de la comedia, hablando de Cleon:

«No temas, ni siquiera verás su rostro, pues ningun artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, yo aseguro que se le conocerá; los espectadores no son lerdos.»

Y despues por medio de los coros le dirige insultos terribles, como este:

CORO.

«Hiere á ese canalla, enemigo de los caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, canalla, y cien veces canalla, y siempre canalla, que nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada dia.»

Y más adelante:

CORO.

«¡ Infame, bribon, tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudacion, los procesos, los tribunales! ¡ Removedor de fango, tú has enturbiado la

limpieza de la República y ensordecido á Atenas con tus estentóreos clamores: tú, desde lo alto del poder, acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes.»

En *Las Nubes*, Sócrates fué la víctima; y como no habia dificultad para conseguir la máscara, el filósofo salió á la escena, como si verdaderamente hubiera sido él, cargado de insultos y de calumnias; pero es una vulgaridad creer que *Las Nubes* de Aristóphanes contribuyeron á la condenacion de Sócrates, porque entre la primera representacion de la comedia y la muerte del filósofo, mediaron veinticuatro años.

Se han perdido muchas comedias de Cratinos, Eupolis, Susarion, Magnes, Ecphántides y otros muchos, y dicen autores muy graves, que era lo mejor del teatro griego en materia de comedias: no hay que creerles; siempre se dice que lo mejor es lo que se ha perdido. Si desaparecieran las novelas de Perez Escrich, los sabios del porvenir vivirian lamentándose de que no habia llegado hasta esas retiradas generaciones la flor y nata de las literaturas del mundo civilizado, desde el siglo XIV hasta el XIX.

—¡Cómo se divaga usted!—dirá algun lector—y yo contesto:

—Tiene usted mucha razon, pero escribo para divagar, y lo peor es que no prometo la enmienda; conque siga usted leyendo, y déjeme disparatar sobre la comedia latina.

Plauto y Terencio, á pesar de que casi todas sus comedias las tomaban del teatro griego, tienen ya mejor acierto en lo que nosotros llamamos *el argumento*; hay más complicacion en la intriga, y presenta más interes en su marcha, y aunque hay grandes trozos que no podrian oír sin ruborizarse hasta el blanco de los ojos las damas de nuestro siglo, no imitan esos rasgos de vergonzosas libertades en que abunda la comedia griega. Terencio pretende pasar por algo más aristócrata que Plauto: su lenguaje tenia fama de tan elegante, que llegó á decirse que si las musas hablaran el latin, lo harian como él. Plauto es más llano y ménos cuidadoso; para Terencio, con muy pocas excepciones, todas las gentes son buenas, todos sus personajes, aun las mismas cortesanas, tienen sentimientos delicados; en las comedias de Plauto, hierven los bribones; Terencio conservaba la ilusion del teatro como en la comedia moderna, para que el espectador se figurase estar viendo siempre una escena verdadera; Plauto se divertia en hacerle comprender al público, á cada momento, que aquella era comedia, y los que la representaban cómicos, cortando á cada momento la ilusion del espectador y produciendo indudablemente esa disonancia, esa sensacion desagradable que experimentamos hoy en la zarzuela, cuando al terminar un *duo*, un *cuarteto* ó un *septimino*, comienzan los actores á hablar en su voz natural y destemplada.

Pero estas comedias iban directamente á herir las ma-

las costumbres y los vicios sociales que eran de posible correccion. La comedia tiene dos modos de moralizar: el entusiasmo por la virtud, y el odio al vicio por medio de escenas patéticas, de razonamientos elocuentes, de modelos admirables, que hagan amar la una y aborrecer el otro; ó presentando el peligro en el vicio, la tranquilidad en la virtud, el mal que se espera en obrar mal y el bien que se aguarda en obrar bien, es decir, la una es la moralidad en el heroismo, la otra, en el egoismo. La especie humana es más gobernable por el último de estos sentimientos, y es el que pone en juego generalmente la comedia, recetando siempre penas como la del ridículo, á vicios y defectos que no llegan á la categoría de crímenes ni de delitos.

Tiene además la comedia la gran ventaja como monumento histórico, de presentar las costumbres de su época y el cuadro de la sociedad, tal como no se han cuidado de pintarle los historiadores, cuando casi siempre hay que ocurrir al fondo de la vida privada y de las costumbres de los hijos de un pueblo, para explicar grandes acontecimientos históricos.

No es posible comprender la sociedad griega, ni la romana, ni tener una idea de sus costumbres, si no se conoce más que á Tucídides, y á Herodoto, y á Xenophonte, y á Platon, y á Aristóteles; á Tito Livio, á Tácito, á Salustio, á Ciceron y á Quintiliano. Platon dijo á Dionisio el jóven, que para que conociese las costum-

bres y las instituciones de Atenas, estudiara las comedias de Aristóphanes.

«Leyendo los historiadores, dice Naudet, podeis ver á los romanos en el foro los dias de comicios ó en los campamentos, al rededor de las águilas de sus legiones; al Senado en la gravedad de su deliberacion, ó con el aparato de su imperiosa majestad, cuando recibe á los embajadores de los pueblos vencidos, ó de los que se prepara á vencer. Pero ¿quereis mirar el *Velabro* con sus tiendas llenas de bribones, ó el paseo de la *Venus clausina*, lugar de cita de todos los hombres distinguidos? ¿Quereis visitar el Foro que hormiguea de gentes ocupadas, de ociosos, de comerciantes, de banqueros, de calaveras de cuarenta años que se arruinan por mujeres que los engañan, y de habladores, que se fastidian unos, y otros se distraen murmurando? ¿Quereis penetrar en el interior de las casas y sorprender á los romanos divirtiéndose con sus queridas, ó disputando con sus mujeres, no cubiertos con las armas ni con la toga *pretexta*, sino en bata, ó en mangas de camisa? ¡Leed á Plauto!»

Su teatro, dice el mismo autor citado, es el suplemento necesario de los libros históricos; es la historia secreta y anecdótica de la vida romana; las memorias de los hombres vulgares, que, sin estar consignados en los anales, dan la medida comun del carácter nacional, del cual son las excepciones los héroes y los hombres ilustres.

Si cada período histórico hubiera tenido en la antigüe-

dad un Aristóphanes, ó cuando ménos un Plauto ó un Terencio, la dificultad para encontrar la explicacion y la clave de muchos acontecimientos, seria menor.

Molière y Breton de los Herreros, con mejor arte y casi con tanta verdad, han pintado las costumbres de sus tiempos; y aunque Molière toma algunas veces el fondo, la idea de la comedia latina para vestirla con el traje frances, y aunque el horizonte que Breton de los Herreros abarca en su teatro es muy limitado, sin embargo, en lo porvenir estas comedias han de ser tan útiles para estudiar la sociedad en que vivieron sus autores, como las de los clásicos griegos ó romanos.

En México apénas se ha hecho caso de la comedia: pocos poetas se han dedicado á presentar nuestras costumbres en escena, y eso, cuantos han acometido la empresa, como Calderon en su comedia *Ninguna de las tres*, Hipólito Ceran en sus *Ceros sociales*, Anievas en su *Valentina*, Juan Mateos en las varias que ha escrito, y otros, ha ido siempre tomando aquellas costumbres que, aunque mexicanas, tienen su certificado de europeas. Un hombre de *calzoneras*, un arriero con su *gabardina* y su *cuera*, un rancharo con su sombrero ancho y su *coton de venado*, ni se han atrevido ni se atreven á presentarlos en el teatro.

Las escenas como las de *A Madrid me vuelvo*, de Breton, que pasan en provincia y en poblaciones pequeñas, aquí no tenemos ni esperanzas de verlas, porque ni hay

valor en los poetas, ni bastante patriotismo en el público para que el teatro represente la plaza de San Juan Ixtayopa, la casa de un comerciante en Maravatío, ó una calle de Moroleon. Los nombres mexicanos, otomís ó tarascos, de las cosas y las poblaciones, y que forman parte de nuestro idioma, se oirian como una profanacion en un teatro donde se representan dramas de Echegaray; y los trajes de los indios y de los rancheros harian reir á una sociedad que no quiere ver en el palco escénico y representando á la clase pobre, sino obreros franceses de blusa y de cachucha, gallegos imaginarios que más bien parecen colonos italianos de los que ha traído el gobierno en estos últimos años, ó majas fantásticas, vestidas como sólo se encuentran en los antiguos cuadros de Goya.

Por eso es imposible la comedia y hasta la novela nacional, y tendrémos que resignarnos leyendo novelas mexicanas en que los *hacendados* hablen como Víctor Hugo, las muchachas de los pueblos como las damas de honor de la corte de Luis XIV, los curas indígenas como Monseñor Bienvenido, y los guerrilleros como Artagnan ó como Porthos. Por eso hemos visto algunas, en que los personajes conversan al rededor de la chimenea en Yucatan, ó en que se sirve el té á la inglesa en Guadalajara, cerca tambien de la chimenea, como si la escena estuviera pasando en Lóndres.

Pero ahora sí ya tendrá razon el que diga que me he divagado completamente, que he olvidado á Juan Arias,

y que si así continúo, no tendré cuándo acabar; pero no encuentro la punta, y para salir del compromiso no me queda más arbitrio que el gran principio táctico del general Bum: cortar y envolver.



